



Familia Gutiérrez Hernández
Huellas que unen



Mi nombre es Maribel y vengo a contaros nuestra historia, la que yo recuerdo. La que me contaron mis abuelos y mis padres. Es una historia más a los ojos de los de-

más, pero para nosotros, es la nuestra. La foto de portada es la imagen de cuatro generaciones de mujeres en la familia. Mi abuela Eme; mi madre Maruja; Sarah mi hija y yo.

Los orígenes de vuestro abuelo paterno



Aún recuerdo el olor a la tahona que me llenó cuando fui por primera vez a San Esteban de la Sierra, en la Peña de Francia, Salamanca, donde me llevó mi padre a los siete años, a conocer el pueblo en el que vivió su infancia. Calles empinadas y de piedra, pues apenas han conocido el asfalto y unas casas con fachadas de madera y piedras, llenas de flores en sus balcones y debajo de todo el pueblo, el río, el Alagón que fluye majestuoso en los meses de invierno. Sus padres el abuelo Kiko (Francisco Gutiérrez Vicente) y la abuela Isabel (Isabel Endrinal García), habían nacido allí. De la vieja casa familiar nada queda, pero en San Esteban, se formó una familia, los Gutiérrez Endrinal que se conformaba con

seis hijos: cuatro mujeres y dos varones, además mellizos:(Carmen, Kika, Domi, José, Agustín y Luisa) San Esteban, por entonces, contaba con más de mil doscientos habitantes. Como todas las familias, buscaban prosperar, en una comarca que dependía de Béjar, que era su cabecera judicial. Tierra famosa por sus paños e industria textil y la mano de sus sastres y costureras. Béjar contaba entonces con casi nueve mil habitantes y era un municipio creciente en una Salamanca recia y sobria, como eran los pueblos charros y los castellanos. Allí se establecieron con una casa de comidas y una distribuidora de vinos que alcanzaba hasta el Valle del Corneja.

La llegada al Villar de Corneja

Al tiempo, unos años más tarde, encontraron un lugar de tránsito, a la salida del Villar de Corneja, junto a la carretera que comunica el Piedrahita con Salamanca. La familia se trasladó y estableció allí. El lugar conocido como La Venta del Hambre y que se convertiría también en la casa familiar de los Gutiérrez Endrinal. Esta última formaba parte de la antigua ruta de "los Choriceros", una vía agraria por la que durante siglos transitaban camineros, muleros y otros oficios llevando viandas desde la sierra de Candelaria y la de Béjar hacia Madrid para su venta. Lo cierto es que la familia encontró un buen medio de subsistencia y además de establecer la residencia familiar. La función de casa de comidas para los transeúntes y la

de almacén y venta de bebidas (especialmente la distribución de vinos que entonces era la bebida más común en España) permitieron a la familia prosperar. Durante muchos años ese era el medio de vida. No solo vendían en el local, sino que cuando tuvieron edad bastante, los mellizos distribuían a toda la comarca y vendían mercancía en cualquier lugar, lo que a veces suponía llevar su carga a lomos de un burro, pernoctando fuera. Esa actividad les hizo muy populares en la zona. Con el paso del tiempo, mis abuelos decidieron trasladarse definitivamente a Salamanca capital, donde se establecieron nuevamente al frente de un lugar de hostelería. Ya os he contado el origen de los abuelos paternos, ahora es momento de hablar de mi familia materna y su pequeña historia.



Los orígenes de vuestra abuela materna

Los padres de mi abuela, el bisabuelo Francisco Díaz y la abuela Petra Blázquez, eran naturales de la zona del Villar de Corneja. Habían comprado un conjunto de propiedades que pertenecían a una antigua casa de postas o del correo. Corrales para las caballerizas, portal para la herrería y dos casas que habitaban la familia. Eran respetados y conocidos por su religiosidad, especialmente de mi bisabuela Petra, quien transmitió a sus hijas esos valores. Ellos tuvieron dos hijas, María y Emelina. Cuando llegó la edad razonable, la

mayor María, se hizo novia de Aquilino Hernández (mi abuelo) un hombre también del Villar, con buena formación y que había ganado la plaza de Secretario de Juzgado en Piedrahita, localidad cabecera de la comarca y que albergaba el único juzgado que existía. Lo cierto es que la desgracia se cebó con María, que murió de forma repentina a raíz de un sarampión. Al cabo de un tiempo, Aquilino quien era bien recibido en casa, decidió casarse con Emelina la hermana menor, quien aceptó de buen grado la petición y así se concertó el matrimonio.



La familia crece

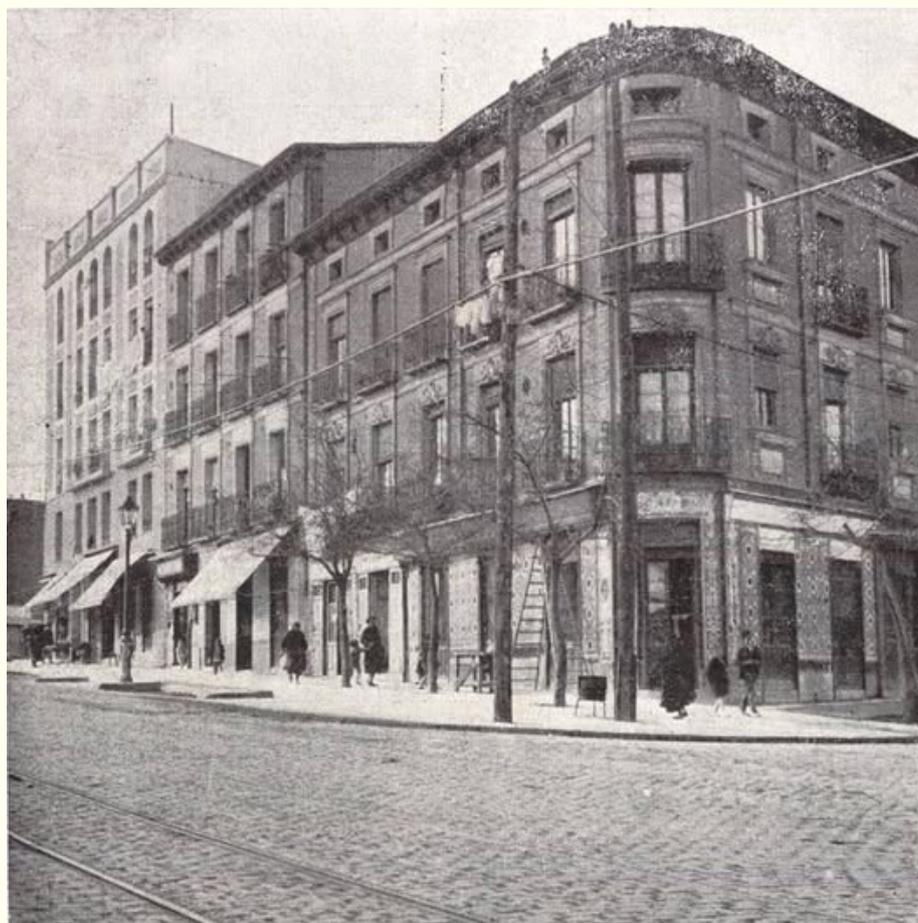
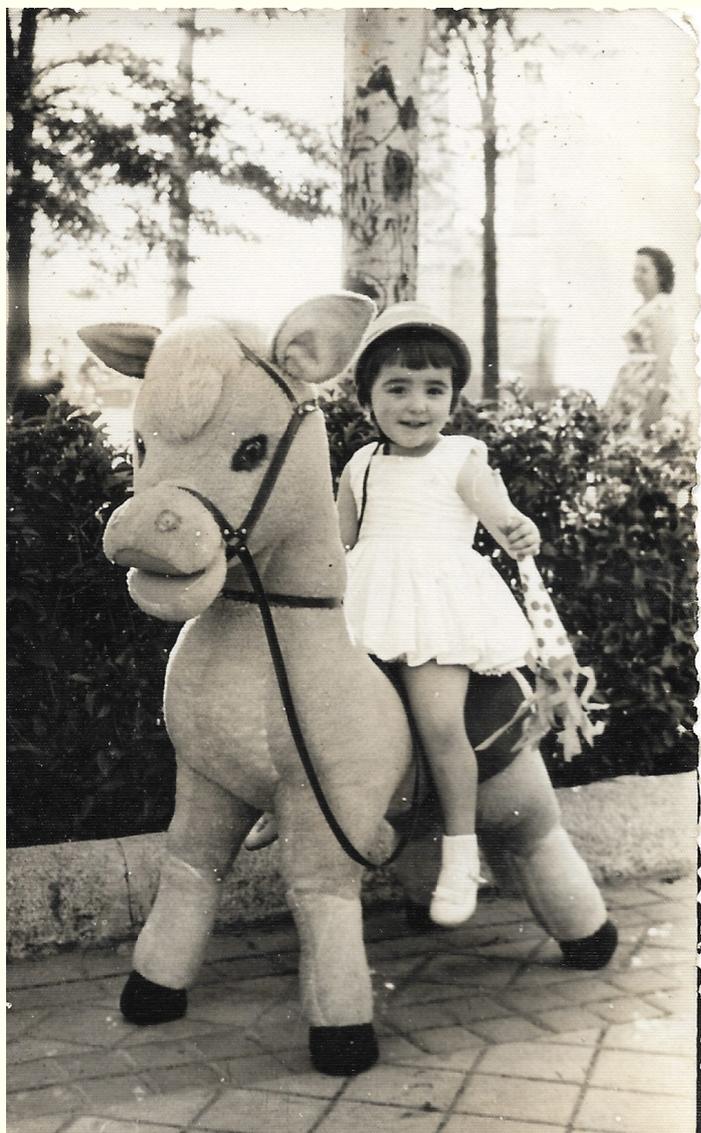
Emelina y Aquilino se establecieron en la casa grande, junto a otra que pertenecía a sus padres. El matrimonio se celebró a finales de los años 20 del siglo pasado y el 21 de agosto de 1931 nació la primera de sus hijas Maruja (su nombre real es María Camerina Hernández Díaz, pues nació en la festividad del Camerino de la Virgen). Seis años más tarde nacería un varón Aquilino y, por último, nuevamente con seis años de distancia una mujer Teresa. Con la llegada de la República Aquilino tuvo un nuevo destino, a unos ciento quince kilómetros del Villar, en la localidad abulense de Hoyo de Pinares, donde se trasladó la familia, es decir el matrimonio, Aquilino y Maruja (mi madre). En Hoyo de Pinares nacería la última de sus hijos, Teresa. Fue allí donde le cogió la guerra, siendo un funcionario de Justicia y tras el avance de la columna Man-

gada que tomó el pueblo, una plaza importante ya que albergaba más de tres mil almas. Además, desde el Villar le llegó una advertencia de un pariente comunista tío Hilario, que le anunciaba que le estaban buscando. Aquilino se escondió en el cementerio de Hoyo de Pinares, dentro de un nicho y allí permaneció varios meses, mientras Emelina le hacía llegar comida y agua. El Villar de Corneja permaneció en zona nacional y seguía produciendo productos agrícolas. Los padres de Emelina mandaban a través del correo víveres y viandas que salía a recoger la pequeña Maruja, ya que con los niños no se metía nadie. Terminada la guerra, Aquilino pidió un cambio de destino, esta vez a El Barco de Ávila, también a unos diez kilómetros del Villar. Esa vuelta permitió a la familia volver a reunirse y a los mayores, asistir a la escuela con regularidad.



Los abuelos se conocen

Maruja se ennovió con Agustín, contra el criterio de Emelina que lo consideraba poca cosa para su hija, pero ella no cejó en el empeño y finalmente, ya en 1956 se casaron en el Villar. La primera novia de la comarca que se casaba de blanco (hasta entonces, los novios en Castilla siempre habían vestido de negro). Al año siguiente, el 7 de junio nació yo. Maruja tuvo un parto muy complicado, por lo que tuvieron que llevarla de urgencia a Béjar para ser atendida, por suerte en casa vivía D. Antonio, el médico quien atendió el parto y vio la gravedad. Antes de salir subió el cura y me bautizaron en casa. El 18 de julio, fiesta patronal del pueblo en Santa Marina fue la primera vez que salía por el pueblo del Villar en brazos de mis padres.



El traslado a Madrid

El pueblo no ofrecía medios de vida suficientes para mantener a la familia y Agustín le ofrecieron un trabajo en Madrid, de modo que decidieron que era tiempo para salir y buscar mejor fortuna en la capital. Trasladados a Madrid alquilaron un piso en General Ricardos y nació M^a Carmen. Los abuelos les donaron la entrada para un piso en el mismo barrio. La llegada de la pequeña trastocó del todo a la familia. Aquilino había abandonado el seminario y quería estudiar en la universidad. Además, a los abuelos les destinaban a Córdoba, a Puente Genil. Emelina propuso llevarme a vivir con ellos y pase unos años muy felices en Córdoba con los abuelos y tía Tere, con quien compartía habitación y complicidades. Cuando llegaba el verano, volvíamos al Villar y allí me reunía con mis padres. Los abuelos y mi hermana. En casa de mis padres vivían Aquilino, Nísio un pariente y M^a Carmen. Agustín trabajaba en una tahona por las noches y también se buscaba la vida con otros trabajos que procuraba compatibilizar. Poco después encontró un trabajo con los hermanos Aguilera, como conductor de un camión e iba a recoger mercancías para la cadena de tiendas de alimentación de estos por toda España. Maruja cayó enferma de la espalda y se tuvo que someter a una operación muy delicada. Le tuvieron que cortar un trozo de hueso de una de las pier-

nas y hacerle un injerto en la columna, lo que la tuvo postrada en cama unos meses y sin saber si volvería a andar. Superada la operación M^a Carmen y yo, hicimos la primera comunión.



Una vez en Madrid, reunida con mis padres de nuevo, mis recuerdos alcanzan a un vecindario de toda la vida, que se reunía en nochevieja y celebrábamos el año juntos. También me acuerdo de las travesuras de M^a Carmen y un vecino Javier, que traían de cabeza a mi madre y a medio vecindario.



Mis estudios y mis inicios

Cuando llegó el momento, ingresé en el Instituto Emperatriz María de Austria, donde cursé bachiller laboral superior. Como tenía grandes habilidades en taquigrafía y estenotipia, me presenté (por una apuesta con mi profesora) a las oposiciones de la Cortes y las gané. Pero la cosa quedó en eso, una apuesta y nunca reclamé la plaza y me fui a Mallorca de viaje de fin de estudios. Al volver empecé a trabajar primero en el departamento de administración de una cadena de peluquerías y luego en dos inmobiliarias. Una noche, que había en Madrid huelga de metro y no podía avisar de mi retraso, llegué tarde a casa. A alguien se

le fue la mano y tomé la decisión de irme al cumplir los dieciocho años. Estando trabajando en una de las inmobiliarias, se presentó un abogado diciendo que venía con una comisión rogatoria del juzgado. En la misma puerta lo despaché sin dejarle entrar, pues no presentaba documentación alguna. Tal fue mi reacción, que el mismo abogado vino a buscarme a los pocos días, para incorporarme a su despacho como secretaria. Con él estuve trabajando muchos años tanto en Madrid como en Marbella, convirtiéndome en su persona de confianza. Uno de sus principales clientes era Jesús Gil, con quien trabajé en Marbella y de ahí mis inclinaciones colchoneras. Al regresar de Marbella, trabajé en una Embajada unos meses, pero el ambiente no era el óptimo, de modo que me puse a buscar y me llamaron de un gran bufete de abogados en Madrid, del que la madre de Juanma era cliente. Allí conocí a vuestro padre y el resto de la historia, ya la conocéis.

